

PRINCESAS DRAGÓN

La corona del cuervo

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



sm



Ilustraciones de Luján Fernández



PRINCESAS DRAGÓN

La corona del cuervo

Pedro Mañas



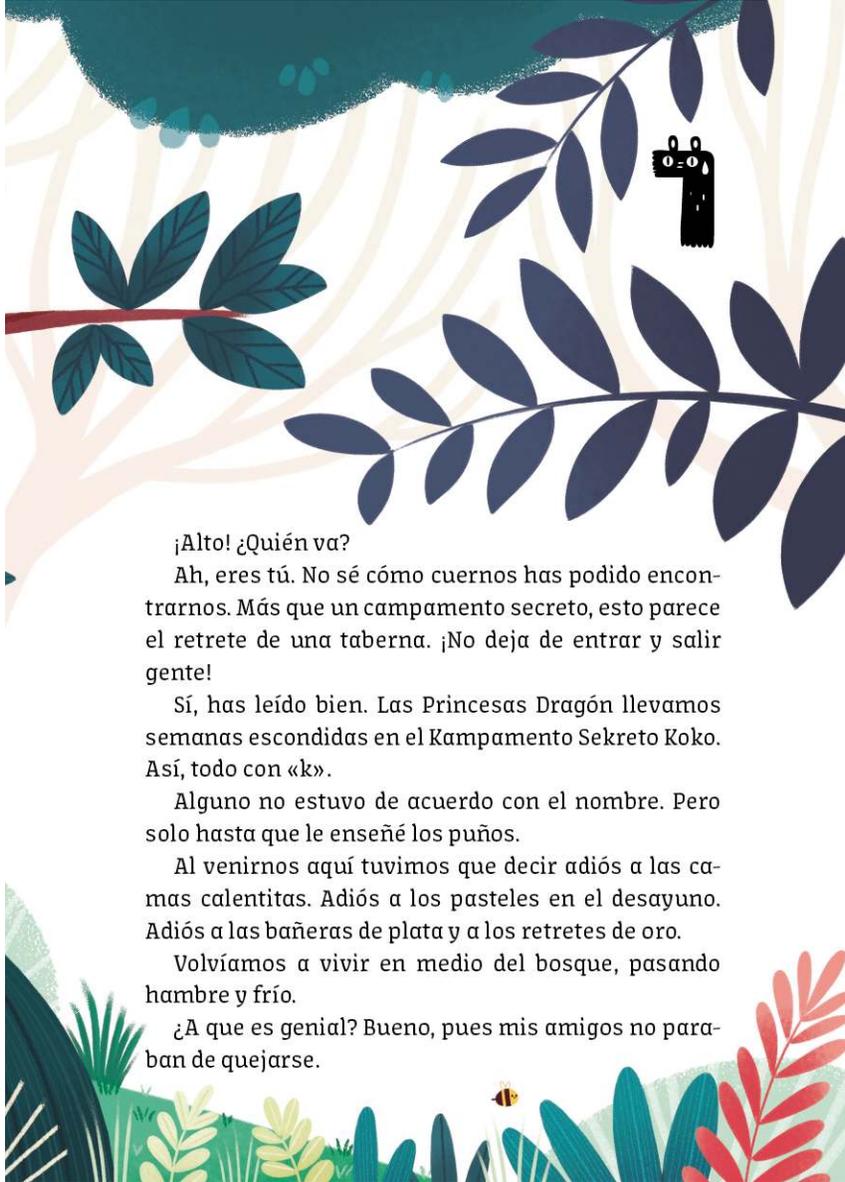
Ilustraciones de Luján Fernández



*Para todas las librerías y libreros,
por abrimos las puertas de sus castillos.*







¡Alto! ¿Quién va?

Ah, eres tú. No sé cómo cuernos has podido encontrarlos. Más que un campamento secreto, esto parece el retrete de una taberna. ¡No deja de entrar y salir gente!

Sí, has leído bien. Las Princesas Dragón llevamos semanas escondidas en el Kampamento Sekreto Koko. Así, todo con «k».

Alguno no estuvo de acuerdo con el nombre. Pero solo hasta que le enseñé los puños.

Al venirnos aquí tuvimos que decir adiós a las camas calentitas. Adiós a los pasteles en el desayuno. Adiós a las bañeras de plata y a los retretes de oro.

Volvíamos a vivir en medio del bosque, pasando hambre y frío.

¿A que es genial? Bueno, pues mis amigos no paraban de quejarse.

–Ojalá pudiera volver a mi palacio de Nánabu –suspiraba a menudo la princesa del Este.

Sobre todo, cuando tenía que hacer pis entre los matorrales.

Quizá Nuna no recordaba que la última vez habíamos tenido que salir zumbando de su ciudad. Y que su palacio ya no era suyo. ¡Y que ya ni siquiera era princesa, cuernos! Qué envidia.

Y todo gracias a unos malignos «dragonelfos».

Los llamábamos así porque eran elfos con poderes de dragón. Los lideraba Lady Karamel, una elfa más mala y retorcida que una hiedra venenosa. Y tan lista que había invadido Nánabu... ¡usando un ejército de cachorritos de dragón!



La asquerosa los había transformado en enormes bestias usando medallas mágicas. A menudo veíamos sus sombras gigantes cruzar el cielo del bosque.

Lady Karamel había ocupado el palacio y tomado el control sobre la ciudad. Ahora el único lugar seguro era el bosque. Por eso traje aquí a mis amigos y a nuestros tres cachorros de dragón: Gumi, Migu y Cleo.

-¡Que no nos trajiste tú! -repetía Bamba, princesa del Oeste-. Vinimos todos a patita.

-Bueno -decía yo-. Pero tengo bastante fuerza para cargar con todos. ¡Y voy a encargarme de hacerlos igual de fuertes!

Para eso monté este campamento: para preparar a mis amigos y defendernos de un posible ataque.



No teníamos camas, pero sí colchones de musgo.
No teníamos bañera, pero había un pantano rebo-
sante de barro y moscones.
No teníamos pasteles, pero asábamos escarabajos
y cocíamos sopa de ortigas.
-Puaj -protestaba Rosko, príncipe del Norte-. Esto
sabe a estiércol, Koko.
-Un estiércol muy nutritivo -gruñía yo-. Os vendrá
bien para el entrenamiento.
-No, por favor -gemía Nuna-. Otra vez no..
-¡Princesas Dragón! -saltaba yo-. ¡Todos en for-
mación!
Entonces los llevaba a rastras hasta el pantano. Y ahí
empezaba lo divertido.
Primero les hacía cruzar a nado el agua helada.
Después, para secarse, debían subir y bajar tres ve-
ces de un pino.
Por último, tenían que correr un poco... delante de
los jabalís del bosque.
Había que vigilarlos bien para que no usasen sus po-
deres. En cuanto me descuidaba, Bamba se secaba es-
cupiendo fuego. O Nuna subía volando al pino. O Rosko,
que entiende el lenguaje de los animales, se hacía
amigo de un jabalí.
Claro que los más tramposos eran Ida y Kun, los
hermanos bandidos.
-Bueno -dijeron un día que me enfadé mucho-. Te
prometemos no hacer más trampas.





Y era verdad, porque huyeron esa misma noche. Allí ellos. Lo malo es que eran los únicos que sabían cocinar. Bah, no podía ser tan difícil, ¿no?

Después de mi primer guiso también se largó Lilia, la aprendiz de bruja. Aunque a ella tuvieron que venir a buscarla porque es una mimada. La traidora usó magia para enviar un mensaje de socorro a sus padres.

–¡Papis! –exclamó, lanzándose a sus brazos–. ¡Sacadme de este lugar horrible, porfi!

Qué risa me dio. Con lo divertido que es el Kamento Koko.

